

El Otoño

Por E. DURÁN VENTURA

Como pasa una cinta por la máquina de proyección con ritmo acelerado y uniforme, así ha pasado esta ráfaga de calor que trae consigo el verano.

Los lugares que por su clima o por sus accidentes son apropiados para veranear y los cuales durante estos tres meses se han visto concurridísimos de personas que intentaban dar batalla al calor han quedado vacíos. Las personas vuelven a su estado normal, a su labor cotidiana, abandonada por algunos días; al principio se cuentan curiosas anécdotas a ellos ocurridas en tal o cual lugar donde han pasado el veraneo; así transcurre parte del otoño, comentando sucesos del verano, contando escenas, a veces un poco exageradas, en las cuales ha intervenido como primer actor el individuo que las narra.

¡Otoño!, estación tranquila y apacible en la cual se mezcla la beatitud del clima con la tarea de poner en orden nuestra persona, hablando en sentido íntimo, quizás un poco olvidada en estos meses anteriores; el alma, parte esencial de la persona, se penetra más con el cuerpo, para que los dos, vinculados estrechamente, emprendan juntos de nuevo la labor de la que por algunos días han permanecido exentos.

Los estudiantes se disponen ya, a emprender de nuevo la simpática labor de estudiar; al compás de la caída de la hoja surgen propósitos, firmes propósitos de estudiar, de aprobar el curso; el bachiller que se encuentra en

las cercanías del examen de estado prepara los libros que este año tendrá que estudiar, se arregla el escritorio para estar a punto de emprender, hablando deportivamente, la carrera.

Así transcurre el principio del otoño, caras morenas corazones alegres, cuerpos física y espiritualmente renovados, con un anhelo grande y firme de trabajar y de poner todos sus cinco sentidos en la labor que les incumbe.

Pero con todo, hay aquel pobre joven o pobre familia, que sus ingresos no son lo suficiente crecidos para poder descansar unos días, no pueden ni permitirse el lujo de trasladarse unos días en busca del tan ganado descanso; no pueden descansar, tienen que seguir trabajando para poder comer. ¡Qué triste es esto! Me imagino yo el bien que les haría unos días de descanso para su organismo totalmente agotado.

Para éstos la vida es siempre igual, para ellos no hay otoño, no hay renovación del trabajo, no hay unos días de completo descanso y yo me pregunto: ¿Es que no tienen derecho a descansar? Para éstos, repito, no hay otoño.

Pero el otoño en sí, empieza y transcurre con normalidad para los que han descansado, con la satisfacción de empezar de nuevo, y para los que no, con el afán de continuar la tarea.

El otoño, igual que las otras estaciones, pasa y circula en derredor a este mundo donde todo se resume en trabajar y descansar.